

La ciencia política frente al espejo

**Israel Covarrubias**

Buena parte de las inconsistencias de la ciencia política provienen de la academia. En el presente ensayo se esboza una crítica a la forma en que esta disciplina ha venido desarrollándose en las aulas y cubículos universitarios, que también constituye un aspecto básico para evaluar las contradicciones de los “saberes superiores” sobre lo político.

**Israel Covarrubias** es Catedrático-investigador del Centro de Estudios de Política Comparada.

### **En la orilla de un vaso que corta**

Como ningún otro momento de la historia, la ciencia política no se había encontrado con tantos promotores que han hecho de ella un núcleo de trabajo y una oferta formativa particularmente relevante en el interior de las ciencias sociales. Quizá se puede decir, exagerando un poco, que la ciencia política ha desplazado gradualmente la centralidad que por décadas la sociología tuvo en sus variadas formas hacia las distintas narrativas que habían dado cuenta en modo pormenorizado de lo social y lo político, tanto teórica como empíricamente. Sin embargo, a la par de esta positiva explosión de la ciencia política<sup>1</sup>, no es un secreto que la ciencia política actual adolece de un profundo ensimismamiento intelectual e institucional. Una actitud introvertida que deja entrever muy poco la originalidad de sus productos intelectuales, a pesar de que se pretenda, a fuerza de repetición, dejar (como confirmación que ya no necesita del contraste y la refutación) la sensación de que se ha avanzado demasiado en la elaboración de teorías, métodos y sobre todo investigaciones que corroboran su pertinencia y profundidad. Es algo así como si la sola presencia de esta actitud, por lo demás provinciana, fuera suficiente para expresar de una vez por todas que la ciencia política está en su mejor momento.<sup>2</sup> Pero he aquí la confusión: está en su mejor momento en la primera acepción que acabo de expresar (su logro histórico) pero no en su mejor momento en cuanto a la ori-

ginalidad de la producción politológica en los últimos años (introversión por exageración de confinamiento). Si algo tuvieron aquellos que le han dedicado toda una vida a cultivarla, es su actitud de abierto desafío por lo establecido en el interior de la propia disciplina y no como hoy que se sustituye dicha actitud creativa por una actitud esquiva y, la mayor parte del tiempo, incrustada en la desgracia paradigmática de las “cajas” que la ciencia política ha construido en tiempos más recientes.<sup>3</sup>

Al respecto, existen varios efectos de esta situación. El primero es la ausencia de pluralismo en el interior de la ciencia política. Y ello es identificable más que en las teorías y paradigmas que rigen la vida de las comunidades académicas que cultivan la disciplina, en los enfoques y estrategias para llevar a su conclusión las premisas e investigaciones. En este punto, es palpable que aquellos que intentan escapar de las usanzas más recurrentes para abordar el estudio de los fenómenos políticos, inclusive en el abordaje empírico de estos últimos, están “fuera” por *default* de dichas comunidades académicas al olvidarse conscientemente de no comulgar con la mayoría artificial o real que sedimenta una forma de trabajo que alguien ha pensado “como la mejor”.<sup>4</sup> En efecto, para que una disciplina se desarrolle en el terreno intelectual y en la producción de conocimientos, está obligada a construir acuerdos mínimos respecto al objeto de estudio y el método o métodos que se deberán seguir (los pasos lógicos) para que la disciplina se construya en cuanto tal. Pero de aquí a sugerir que existe un solo camino para llegar a dicho acuerdo mínimo, resulta francamente fuera de lugar.

En este punto, es pertinente recuperar una vieja ironía aristotélica. Decía Aristóteles: “un reinado perpetuo entre iguales es una desigualdad insoportable”.<sup>5</sup> Y esto es más claro cuando hablamos de introversión por exceso de confinamiento disciplinario de las comunidades académicas promotoras de la ciencia política. Más aún, en un país como el nuestro que está en un momento en el cual el “pensar diferente”, el “pensar a contracorriente” es una causa más que suficiente para quedarse en los bordes de dichas comunidades de conocimiento.<sup>6</sup> Demasiada homogeneidad produce el efecto contrario: la necesidad de pluralización de actitudes hacia el conocimiento y de formas de generar nuevos saberes mediante investigaciones que sigan los pasos lógicos obligados pero que no necesariamente tengan que comulgar con el autor X, la teoría Y o el concepto Z y que son elementos que la mayoría de las veces han sido generados en otra comunidad de conocimiento abiertamente diversa a la nuestra.

Ironía más válida si reparamos en el hecho de que la ciencia política es una disciplina comparada y en nuestro país al autor *X*, la teoría *Y* y el concepto *Z* son apropiados sin la distancia metodológica necesaria, olvidando por completo que hoy en día en cualquier producción teórica en las ciencias sociales para que se vuelva fecunda es *local* o no es. Una ironía más: el hecho de que aquellos cultores que en algunas instituciones de México han exagerado el uso de tales autores y teorías, no producen una ciencia política comparada. Es decir, se importa la “caja de herramientas” para utilizarla en un conjunto de fenómenos políticos que no son investigados en clave comparada.<sup>7</sup> Entonces, ¿para qué sirve importar una “buena” teoría que no será confrontada en el terreno empírico comparadamente?, ¿para distinguirse de los pares en el interior de la comunidad académica local?, ¿o es un efecto de la introversión académica de la ciencia política mexicana que se refleja claramente en la forma igualmente introvertida de dar cuenta en sentido politológico de su sistema político?

### ¿Anticipación o banalización?

Un segundo efecto, cercano al primero, es que la ciencia política, al pretender solidificarse en un campo de saber delimitado con una inclinación particular hacia la formalización excesiva de sus propios descubrimientos, termina haciendo de estos últimos un saber y un conocimiento *insustancial*. Es decir, entre más *original* ha pretendido volverse la ciencia política actual ha terminado por instituir:

*a*) una fuerte y peligrosa rutinización de su saber y, por ende, de su enseñanza (se desarrolla hasta un determinado punto en términos de acumulación, pero se decide arbitrariamente quedarse ahí y no dar un paso adelante, véase *supra*); *b*) una alteración profunda de los originales (en la forma de la producción teórica y su consecuente vinculación con la investigación empírica) en los cuales está sustentada la ciencia política como disciplina histórica por lo menos en dos sentidos: *1*) la poca insistencia por recuperar a los clásicos contemporáneos (o maestros de la ciencia política) que la disciplina produjo en décadas pasadas;<sup>8</sup> *2*) la posibilidad de provocar, debatir y sugerir, aunque sea en potencia, un atisbo de lo que tentativamente puede llamarse pensamiento anticipatorio.

Con relación a la recuperación integral de los clásicos —que por edad son definitivamente contemporáneos— de la ciencia política y, por ende, de los *originales* intelectuales de la propia disciplina, bastaría indicar un elemento constitutivo y relevante para su recupera-

ción: hay que recordarle a las distintas comunidades académicas que un autor clásico es aquel que ha dado indicaciones teóricas o ha podido vislumbrar perspectivas de investigación empírica que resultaron extremadamente útiles y relevantes para su época. En este sentido, lo pueden ser aún hoy por el hecho de que observemos las maneras en que fueron observados los fenómenos políticos de su tiempo y las maneras en que resolvieron estos autores sus problemas teóricos y metodológicos. De igual modo, su re-lectura puede permitirnos descubrir los rasgos de originalidad en los campos de conocimiento que instituyeron, y que resultan ser herramientas útiles de inspiración para la creatividad obligada de cualquier investigación politológica.

Si bien es cierto que los temas y fenómenos de nuestro tiempo son más complejos y en muchas ocasiones distan profundamente de aquellos que se manifestaron lustros atrás, a pesar de la aparente conexión o de las líneas reales de continuidad en las grandes problemáticas de la ciencia política (por ejemplo, el fenómeno general de la democratización), un acercamiento pormenorizado a ellos podría permitir en el tiempo inmediato y también en aquel mediato la medida para no dejarse guiar por el llamado novismo y por las repeticiones y alteraciones temáticas. Así pues, por ejemplo, esto evitaría las concepciones puramente sincrónicas de los propios fenómenos políticos, pues si observamos el grueso de investigación que se realiza actualmente en México en el área de ciencia política, encontraremos un elemento subterráneo y negativo que muchos de estos trabajos expresan: pareciera que la historia y sus expresiones salen a la luz cada sexenio, y cuando éste último finaliza, se abre un nuevo ciclo histórico que es necesario capturar en sus supuestas coordenadas de inteligibilidad, dejando parcialmente de lado el sexenio pasado o las décadas que han precedido y han ayudado a la confección de los propios fenómenos. En este mismo orden de ideas, otro elemento que nos permite identificar y, al mismo tiempo, corroborar la importancia de un clásico contemporáneo de la ciencia política es que sus libros no son de vida breve, antes bien, de largo respiro. Así pues, a diferencia de las investigaciones que hoy se llevan a cabo, el autor y la obra de un clásico la mayoría de las veces no sufre la usura del tiempo como sucede con nuestros libros de coyuntura y con aquellos otros de investigación pero de una vida brevísima.<sup>9</sup> Probablemente sufren el destino fatal de los clásicos antiguos, modernos y contemporáneos: *todo el mundo los cita pero nadie los lee*.<sup>10</sup>

Aunado a lo anterior, y del cual dependerá en gran medida la plena recuperación de los originales de la ciencia política, está el problema de la recepción o las maneras de leerlo en la actualidad, cuyo éxito o fracaso está supeditado básicamente a dos puntos de estructuración: 1) las formas que el autor utilizó para responder al problema que se ha planteado y su vigencia; 2) el lugar en el cual estaba parado el autor y el lugar en el cual estamos parados nosotros como lectores. Cuando se olvidan ambas premisas, se deriva que la mayor parte del tiempo la recuperación de un clásico contemporáneo es de forma puramente escolástica (quién fue, qué hizo, etcétera), lo que nos lleva a una recuperación banal o insustancial.<sup>11</sup>

Un clásico contemporáneo (por lo menos en la ciencia política) es aquel que ha tenido en su tiempo la capacidad de instituir un esquema de pensamiento anticipatorio. Es decir, primero se pregunta en modo agudo por la situación que guarda una sociedad, un paradigma, un tipo o conjunto de fenómenos que no han sido tratados con la debida suficiencia. Después, a partir de este examen indica algo que está a punto de ocurrir pero sobre lo cual nadie hace *las preguntas pertinentes* y, sobre todo, nadie se encuentra en grado de referir, de igual modo las consecuencias que ese conjunto de fenómenos tendrá.<sup>12</sup> Por lo tanto, si este elemento de anticipación y/o revelación (en su sentido originario) está hoy literalmente ausente de la ciencia política, y más aún, dadas las reticencias de podernos identificar en una filiación cultural, intelectual y disciplinaria originaria y original, un efecto natural que se ha estado importando (con una acentuación creciente en los centros de trabajo y reflexión mexicanos) es recurrir sistemáticamente a *la imitación no creativa*. Esto también ha tenido que ver con otro elemento conectado íntimamente con la ausencia de pensamiento anticipatorio y la falta de recuperación integral de los clásicos contemporáneos: la fractura o imposibilidad de modelos y el olvido deliberado para constituir escuelas y/o tradiciones propias de pensamiento e investigación.

### **Un modelo para armar: ¿el taller o la fábrica?**

En la actualidad, asistimos a un punto de articulación múltiple en el cual la presencia o ausencia de pensamiento anticipatorio y recuperación integral de los clásicos contemporáneos se debe, en gran medida, al rol que han jugado las instituciones académicas (en tanto confabuladores intelectuales) en la pulverización de cualquier tipo o forma de reflexión que permita el crecimiento de la relación maestro (modelo) y alumno (discípulo). Es decir, en el caso de que tal

relación tuviera lugar, permitiría el nacimiento –ya no pidamos una escuela estrictamente de pensamiento– por lo menos de una escuela de ciencia política: un centro, una institución o una constelación institucional, algunos programas de posgrado que guíen los ritmos auténticos de la ciencia política local por un camino propio y original, y no por aquellas salidas de emergencia que expresa la imitación y repetición de lo que se ha vuelto la pauta a seguir.<sup>13</sup>


Asimismo, este modelo para armar tendría que hacer nuevamente suya la vieja práctica de la enseñanza del oficio del politólogo (que es aquel que se formaría y dialogaría con sus filiaciones originarias) en un modelo muy semejante al del *taller*: maestro-aprendiz. Ahora bien, aquí vale la pena subrayar un punto que puede ser imperceptible: la universidad –sobre todo la pública–, con su creciente masificación en México, y en el caso que nos atañe, tiene un límite estructural innegable: la universidad es un modelo más cercano al de la *fábrica* que al del taller: la producción intelectual es “en serie” y no “artesanal”.<sup>14</sup>

Al mismo tiempo, encontramos algunas atenuantes periféricas que han vuelto de difícil conclusión la consolidación de escuelas de ciencia política en nuestro país: *a*) la circunstancia tecnológica hace que no sea necesaria la presencia del maestro.<sup>15</sup> *Ergo*, la escuela jamás podrá ser conformada; *b*) la edad contemporánea –ya nos lo señalaba Weber– está marcada por un profundo politeísmo de los valores, conjugado con una crisis de la racionalidad que hace proliferar más las “capillas” que las escuelas; *c*) el poco o nulo compromiso de las instituciones y comunidades académicas con el “bienestar del cuerpo político”<sup>16</sup>, ya que se pretenden llevar a la práctica la falta de originalidad constitutiva (véase *supra*) a rango de decisión política.

### **¿Qué hay detrás del espejo?**

Detrás del espejo de la ciencia política existe una serie de logros como aquellos que referí al inicio de este artículo. Sin embargo, no es suficiente para un país que expresa un déficit profundo en sus maneras de enseñar, generar y acumular conocimientos en una disciplina como la ciencia política. Más aún, porque pareciera que la originalidad está lejos de ser un elemento constitutivo de la comunidad académica local, en cuyo interior tenemos una fuerte y pernicioso división y subdivisión del trabajo intelectual que corresponde más a las disputas entre instituciones y menos a la diferenciación entre las escuelas de pensamiento o de ciencia política. De aquí

pues que lo único que observemos sea una vulgarización latente en la forma de ejercer el oficio profesional del politólogo. Junto a ello, el espejo de la ciencia política refleja una imagen distorsionada, opaca, del valor cognitivo que la disciplina pudo tener de no haberse confinado en exceso. Es decir, la ciencia política en México ha ocupado en los últimos lustros una dimensión simbólica que es una función para generar sentido (justificar lo que se hace) frente a los pares de la comunidad académica, frente a las instituciones que actúan como receptáculo de dicha actividad, y frente a la sociedad en su conjunto.

Una ausencia más: no se observa una transmisión y recambio generacional en la ciencia política profesional en nuestro país. Existen pocos elementos en común entre los grupos generacionales que cultivan la disciplina. Todavía se utilizan los “grandes nombres”, los mandarines para indicar, proponer, referir, dar las pautas de las nuevas líneas de investigación y debates que habrán de generarse. Los marcos de referencia siguen en una situación poco acorde con los tiempos que rigen en México: si ha costado enormidades democratizar este país, cosa que por lo demás hay que festejar, pareciera que la acumulación de la investigación en la ciencia política camina en un sentido diametralmente opuesto: se está dirigiendo peligrosamente hacia un punto crítico, que no tiene retorno. De seguir esta ruta crítica, tendremos que ir pensando en un fracaso histórico de la acumulación de conocimiento en términos disciplina- rios. 

### **Posiciones / ¿Hacia dónde va la ciencia política? (fragmentos) Giovanni Sartori\***

Debo concluir. ¿Hacia dónde va la ciencia política? Según el argumento que he presentado aquí la ciencia política americana (la “ciencia normal”, pues a los académicos inteligentes siempre los ha salvado su inteligencia) no va a ningún lado. Es un gigante que sigue creciendo y tiene los pies de barro. Acudir, para creer, a las reuniones anuales de la Asociación Americana de Ciencia Política (APSA); es una experiencia de aburrimiento sin paliativos. O leer, para creer, el ilegible y/o masivamente irrelevante *American Political Science Review*. La alternativa, o cuando menos, la alternativa con la que estoy de acuerdo, es resistir a la cuantificación de la disciplina. En pocas palabras, *pensar antes de contar*; y, también, *usar la lógica* al pensar.

\*Tomado de Giovanni Sartori, “¿Hacia dónde va la ciencia política?”, *Política y Gobierno*, vol. 11, núm. 2, segundo semestre de 2004. Traducción del inglés de Susana Moreno Parada.



## Referencias

1. Y que es un logro merecido de su desarrollo histórico, de su juventud como disciplina y de sus primeras generaciones de grandes maestros (Easton, Almond, Rokkan, Sartori, Dahl, Linz, Huntington, Aron, entre otros).
2. Sobre el particular sugiero la breve nota bibliográfica que Luis F. Aguilar nos presenta en el suplemento *Breviario Político* en este número de *Metapolítica*.
3. Véase la notable advertencia en este sentido de Gabriel Almond, *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, México, FCE, 1999.
4. Valdría la pena recordarle a las nuevas generaciones de politólogos la enseñanza de uno de los grandes hombres de ciencia de la segunda mitad del siglo XX, quien señalaba que un fenómeno ocurre de una manera en particular por el hecho de que a ese fenómeno en su inicio se le presentan más formas para ocurrir, a pesar de que siempre siga una de las tantas direcciones posibles que se le presentaron en su horizonte: "(...) hay una razón de que las cosas sucedan de cierta manera si podemos mostrar que esa manera tiene más maneras de suceder que alguna manera." Véase Gregory Bateson, *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Carlos Lohlé-Lumen, 1998, pp.32-33 y ss.
5. *La política*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, p. 243.
6. Contradicción notable si se piensa que el nacimiento de la ciencia política empírica, casi a la mañana siguiente del término de la Segunda Guerra Mundial, surge precisamente como una disciplina a la que en un primer momento se le dio el encargo crucial de "educar hacia la democracia" en el sentido de establecer una cláusula societal de inclusión y de respeto a la diferencia.
7. El caso sintomático de todo ello es, sin duda, el sistema político mexicano, que ha sido investigado y "explicado" pero en su soledad más absoluta, con pocas excepciones de intentos bien logrados de investigarlo en clave comparada.
8. Un botón de muestra nos obliga a citar algunos nombres y obras tales como Samuel P. Huntington, *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1990; Charles E. Lindblom, *El proceso de elaboración de políticas públicas*; Madrid, Ministerio para las Administraciones Públicas, 1991; Juan J. Linz, *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza, 1987; Albert O. Hirschman, *Salida, voz y lealtad. Respuesta al deterioro de las empresas, organizaciones y Estados*, México, FCE, 1977; Giovanni Sartori, *The Theory of Democracy Revisited*, Chatham, N.J., Chatham House, 1987; Robert Dahl, *La poliarquía. Participación y oposición*, México REI, 1983; Raymond Aron, *Paz y guerra entre las naciones*, Madrid, Alianza, 1985; Gabriel A. Almond y G.B. Powell, *Política comparada. Una concepción evolutiva*, Buenos Aires, Paidós, 1972; Hans J. Morgenthau, *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1986; y en el particular contexto latinoamericano: Gino Germani, *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidós 1971; Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile, FCE, 1988. Lo notable de todos estos autores, es que sus aportaciones fueron concebidas definitivamente en el entrecruce disciplinario; es decir, sus aportaciones, todas ellas relevantes, son definibles como de frontera.
9. Por lo tanto cabe preguntarse: ¿por qué la ciencia política actual tiene tantas dificultades para recuperar plenamente sus propios modelos? Es decir, ¿por qué la dificultad de esta ciencia política para dominar-vincular en un solo tiempo a sus clásicos con la especialización analítica y empírica?
10. *Cfr.* Franco Ferraroti, "Introduzione", en Karl Jaspers, *Max Weber. Il politico, lo scienziato, il filosofo*, Roma, Riuniti, 1998.



- 11.** Remito nuevamente a la contribución bibliográfica de Luis F. Aguilar previamente citada.
- 12.** Quizá uno de los casos paradigmáticos de ello está contenido en el llamado testamento político de Max Weber, cuyo ejercicio de prospectiva política es de enorme importancia para la enseñanza de la ciencia política. *Cfr.* Max Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, octava reimpresión, 1986.
- 13.** Es sintomático el hecho de que en México no existan literalmente posgrados de ciencia política, autónomos de otras disciplinas sociales; antes bien, la ciencia política termina encapsulada como “área terminal” de posgrados genéricos, cuyos nombres, a título informativo, pueden ser: “Estudios Sociales”, “Ciencias Sociales”, etcétera.
- 14.** Un caso contemporáneo y que es una excepción a este estado de cosas, es el de la llamada “universidad invisible” de la escuela cognitiva de Palo Alto en California, que logró integrar en un solo ciclo formativo y de generación de conocimientos, tanto el modelo del taller como el modelo institucional de la fábrica.
- 15.** *Cfr.* Giovanni Sartori, *Homo videns, La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, 1998.
- 16.** Stephen T. Leonard, “Los fines pedagógicos de una ciencia política” en J. Farr, J.S. Dryzek y S.T. Leonard (eds.), *La ciencia política en la historia*, Madrid, Istmo, 1999, p. 92.

